

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LA HISTORIA Y LA ARQUEOLOGÍA

PANTA REI
REVISTA DE CIENCIA
Y
DIDÁCTICA DE LA HISTORIA
III

MURCIA 1997

ÍNDICE

EDITORIAL	5
------------------------	---

ARTÍCULOS

Repertorio de la bibliografía empleada por Aemilius Hübner en la elaboración del C.I.L. II (I). <i>Rafael González Fernández y Antonio E. Huelbes Ros</i>	9-31
Aproximaciones a los antecedentes del antisemitismo hispánico. <i>Miguel Ángel Casanova Guerrero</i>	33-43
El ritual funerario como expresión de condición religiosa y socioeconómica entre los siglos XVI-XVII: los cristianos viejos y los moriscos crevillentinos (y II) <i>Bienvenido Mas Belén</i>	45-55
La industria jabonera de Cartagena en los siglos XVI al XVIII. <i>Esther García García</i>	57-68
Leni Riefenstahl, "Götterdämmerung" del cine alemán <i>Daniel C. Narváez Torregrosa</i>	69-78
Los nacionalismos y la oposición durante el franquismo. <i>Francisco Javier Navedo Pérez</i>	79-83
Dos modelos de transición: la actuación de las oposiciones españolas y chilenas durante las dictaduras (1939-1975) (1973-1990). <i>José Visedo Muñoz</i>	85-92
MAESTROS DE LA HISTORIA	
Notas sobre Arnaldo Momigliano: la tradición histórica italiana. <i>Pedro Amorós Juan</i>	95-103

ENTREVISTA.

Entrevista a las profesoras de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Facultad de Educación Catalina Albacete y Fátima Sánchez, por *D. Centenero de Arce*.....107-110

TESTIMONIOS.

Edward H. Carr.....113-114

LA BIBLIOTECA DEL HISTORIADOR

Bibliografía de Historia Moderna, por *Julio Muñoz Rodríguez*.....117-119

DIDÁCTICA

El nuevo museo arqueológico de Hellín (Albacete).
Juan F. Jordán Montes.....123-140

La didáctica de la Historia en la nueva enseñanza secundaria.
Ramón López Domech.....141-153

La enseñanza ideal de la Geografía en las escuelas españolas durante los años cuarenta del siglo XX.
En torno a la enseñanza de la Geografía... de D. Pedro Chico.
José Antonio Molina Gómez.....155-158

BIBLIOGRAFÍA PARA LA HISTORIA DE MURCIA.

Bibliografía sobre Arte Rupestre de la Región de Murcia hasta 1996, por *Joaquín Lomba Maurandi*.....161-168

NOTICARIO.....169

RECENSIONES.....175

**DOS MODELOS DE TRANSICIÓN:
LA ACTUACIÓN DE LAS OPOSICIONES POLÍTICAS
ESPAÑOLAS Y CHILENAS DURANTE LAS DICTADURAS.
(1939-1975) (1973-1990)**

JOSÉ VISEDO MUÑOZ

Las experiencias de transición de la dictadura a la democracia pertenecientes a esta oleada de procesos de democratización han ocurrido de muy diversas maneras. Añadimos que los analistas las han estudiado a partir de dos estrategias diferentes: la reforma, por la cual la propia coalición autoritaria o un sector de ella, provoca el cambio a la democracia utilizando la legalidad que ella se dio para prolongarse en el poder, o la ruptura, es decir un golpe de Estado o un proceso revolucionario que corta abruptamente la continuidad autoritaria e introduce simultáneamente importantes cambios en la estructura económica y social. Con la excepción de Portugal, que tuvo una ruptura, las demás experiencias utilizaron la estrategia reformista.

A lo largo de la dictadura se puede observar que España ha cambiado, la sociedad española se ha transformado, una nueva generación de tecnócratas a la americana participan del poder y aceptan los condicionamientos y las aperturas necesarias para el cambio económico de España. En las costumbres y en las relaciones sociales ya se perfila una nueva España más abierta que arranca hacia el exterior, y en la cual las clases medias ocuparán, por fin, el lugar que se les había negado antes. Urbanización, clases medias y proletariado urbano en expansión. Este tríptico que ya es antiguo en los países de la Europa del noroeste es, sin lugar a dudas, el aspecto más nuevo de la nueva España que surge a partir de 1959. El régimen, al mismo tiempo que desarrolla una nueva economía, pierde su base. La nueva clase media, instruida, activa y abierta es una burguesía en la más amplia acepción del término, realista, creativa e individualista. Hay en ella un deseo, a veces contradictorio, de orden y de libertad. Los hombres y las mujeres que no han conocido la guerra civil ya son mayoría y se niegan a identificarse con los odios y los conflictos del pasado. Si bien reconocen el relativo bienestar de la política económica del franquismo, desearían conseguir una sociedad de consumo en la libertad. En el modelo alemán o francés ven la expresión de un ideal que durante mucho tiempo ha estado fuera de su alcance y que ahora les parece realizable en un futuro próximo. Estas clases medias, políticamente poco definidas, no parecen tener una idea muy clara de cual debe ser la forma institucional del postfranquismo. Una encuesta realizada en 1970 muestra lo difícil que es formarse una idea clara de las aspiraciones políticas de la población española. Dejando a un lado

los universitarios, que mayoritariamente muestran una preferencia por la República, la diferencia entre los partidarios de la República y los de la Monarquía no es significativa. En cambio, la escasez de los que se manifiestan favorables al mantenimiento del statu quo subraya el fracaso de la institucionalización del régimen. Esto es lo que el Caudillo había previsto con bastante claridad, y lo que condena a corto plazo las esperanzas de los extremistas y de los nostálgicos de la época fascizante.

Un segundo factor de desestabilización es la clase obrera y la masa de los empleados fuertemente urbanizados. Entre ellos la Monarquía no atrae votos. No obstante, los progresos económicos y sociales de los últimos años crean, a veces, una cierta adhesión al marco sociopolítico en el que viven. Igualmente, la adhesión al contexto económico se caracteriza por una cierta desconfianza respecto a una participación demasiado fuerte del Estado en la economía.

Así cuando el Caudillo envejece y cuando poco a poco se va esbozando el postfranquismo, las reglas del juego político se representan especialmente indecisas. Los observadores extranjeros interesados por los partidos políticos de oposición instalados en el exilio les conceden una importancia que no siempre se refleja en un interés similar en el interior de la Península. Una masa creciente y ampliamente despolitizada desea ante todo la prosecución del progreso económico en el marco de una relativa distensión política.

En cuanto a Chile, en este período al igual que otros países del Cono Sur de América¹ (11 de septiembre de 1973) renacía el caudillismo, con una burocratización de las Fuerzas Armadas que servían de columna vertebral al autoritarismo del Estado, la forma del régimen no se basaba en la libre competencia por el orden entre partidos, sino en el rígido control de los mandos burocráticos militares; a la ideología izquierdo-progresista que era movilizadora, se contraponía la rígida noción de que más vale la apatía de las masas y la clarividencia de los líderes encasillados en el Estado, a la ideología democrática y liberal, se oponía la noción de cierto estatismo dirigista, basado en planes de desarrollo y ansiando la grandeza de la patria. Es un régimen desmovilizador, frío en cuanto al llamamiento ideológico, represivo hasta el límite de la tortura, supresión de la libertad de prensa y de comunicación. En Chile funcionaba la *nueva derecha* y la *nueva economía* para reforzar la división internacional del trabajo que mantendría la diferencia entre países industrializados y agroexportadores. Descargado el golpe, apartados del Gobierno las fuerzas políticas consideradas preferenciales (los progresistas, izquierdistas, nacionalistas y demócratas populares), los militares chilenos, a imagen y semejanza del franquismo en España, llamarán al Gobierno a los conservadores liberales y los tecnócratas.

Frente a España el golpe militar chileno destruyó de hecho instituciones democráticas: partidos arraigados en la población y con larga historia, parlamentos respetados por la ciudadanía y, en una palabra, una *sociedad civil* relativamente activa. Encontraron estructuras estatales sólidas, con amplia capacidad de coordinación

¹ CARDOSO, FERNANDO HENRIQUE, "La Democracia en América Latina", *Escenarios Políticos y Sociales del Desarrollo Latinoamericano*. CEPAL. Universidad de Buenos Aires, 1986.

económica, pero sin una burocracia aislada de los partidos. Tanto en España como en el país andino el conservadurismo desarrollista sustentado por algunos Gobiernos militares y el carácter híbrido del autoritarismo antipartidista terminarán creando condiciones sociales adversas a la duración de los regímenes de excepción, asimismo la propia internacionalización del sistema productivo y la no fascistización completa del poder mantuvieron, cuando no ampliaron, los núcleos de la sociedad que resisten al autoritarismo.

La dinámica de las sociedades latinoamericanas se basan en la presencia de los *movimientos sociales* en el cuadro preferencial de la política. La movilización de las masas, las huelgas, la protesta urbana y rural, no son fenómenos nuevos en estas sociedades. En la resistencia al autoritarismo, inicialmente, los movimientos sociales no corrieron a la vanguardia. La resistencia se dio a partir de los sectores progresistas de la *clase media*: obispos y sacerdotes, profesores y periodistas, familiares de presos políticos. En la dinámica política chilena y española, antes de que ocurrieran progresos propiamente redemocratizadores (elecciones libres, regionales o nacionales, limitación de los efectos de leyes represivas, amnistías, reconocimiento de la actividad partidista, etc.) hubo creación de un clima de disminución del miedo a la represión y la garantía de libertades civiles. El único sendero que lleva a la democracia política es la vía pacífica y negociada, basada en la liberación inicial y la introducción de instituciones que participen en competencias electorales, que tengan representación de interés y responsabilidad ejecutiva, con los costos, compensaciones e incertidumbres que tal vía conlleva, aunque es innegable que la liberación del régimen por parte de sectores de las Fuerzas Armadas y del Gobierno fue y es condición importante para superar el autoritarismo.

Tanto en España como en Chile la nueva sociedad de fines del siglo XX, *programada, de servicios, de masa*, se fragmentó aumentando el ansia de participar en el mundo *desarrollado*. La televisión y la radio hicieron realidad visual para el desempleado crónico, para el trabajador de los sectores tradicionales, el mundo de la abundancia. Abundancia ciertamente, pero ávidas de disfrutar del nuevo mundo democrático. En el país andino los años de autoritarismo no han sido capaces de quitar legitimidad a la acción de los partidos y hoy son los mismos de antaño. Pero no se mantiene intocada ni la anterior estructura partidista del período de las sociedades formadas a la europea por la economía agroexportadora, ni sirven de base las formas populistas, caudillescas y clientelísticas, que convivieron con los partidos más clásicos, para la organización partidista que surge en la nueva situación democrática. La nueva democratización incluye un reequilibrio de poderes entre el Estado, los movimientos de la sociedad civil y los partidos.

En España fue en los años 60 y no antes cuando el régimen de Franco tuvo que hacer frente a niveles de conflictividad importantes como para afectar decisivamente la vida pública y la dinámica política del propio régimen. Esta conflictividad tuvo una manifestación cuádruple: laboral, estudiantil, regional y eclesiástica. La reaparición de los conflictos de masas fue consecuencia de causas y factores de orden muy distinto: sociales, políticos, estructurales, institucionales, etc. Era patente la incapacidad de una estructura política autoritaria para responder a una

sociedad en vías de desarrollo y de evolución, los conflictos erosionaron seriamente la legitimidad del régimen y pusieron en entredicho la idea de que el régimen de Franco representaba una etapa de paz sin precedentes en la Historia de España: *25 años de paz*.²

La década de los 60 supone manifestaciones de descontento y oposición al régimen que antes fueron aislados, ocasionales y esporádicos. La represión no bastaba para explicar la amplia desmovilización de opinión, el régimen de Franco tuvo mayores apoyos sociales de los que sus enemigos pensaron ya que representó la restauración de valores tradicionales sobre la educación, la religión, la familia y el orden, profundamente arraigados en la sociedad española. La oposición política clandestina tuvo un papel comparativamente menor en la escalada de conflictos de los años 60. El papel de dicha oposición fue preservar los valores y principios de la democracia y de la libertad, pero su acción apenas afectó a la vida cotidiana del régimen de Franco.

La conflictividad no reapareció como consecuencia de la acción de la oposición; fue consecuencia del propio desarrollo de sociedad española y de la imposibilidad del régimen de Franco de adaptar su estructura política a las nuevas realidades sociales del país. De la conflictividad de los años 60 surgiría una nueva tradición democrática, nuevas ideologías y nuevos organismos (nuevos en el sentido de no vinculados con la fuerzas democráticas anteriores a la guerra civil, como el FLP, germen de la nueva izquierda).

La realidad cotidiana de la oposición en España era muy distinta a las riñas teóricas en el exilio o a los finos banquetes de los monárquicos. La distribución clandestina de octavillas y prensa, así como el mantenimiento de la moral, constituían tremendas tareas, dada la eficacia de las fuerzas represivas. Tan pronto como se formaban comités o se imprimían periódicos, sus miembros caían en las continuas redadas policiales. El objetivo preferido eran los comunistas, pero los socialistas también perdieron seis comités ejecutivos enteros en el interior, y los anarquistas sufrieron de forma similar. Toda una generación que no había luchado en la guerra civil llegaba ahora a la madurez. Su descontento político no estaba vinculado a los temas de la guerra, sino plenamente relacionadas con el orden social existente³. La ola de huelgas de 1962 indicaba un cambio cualitativo de las circunstancias económicas del régimen. Las clases dirigentes en España consideraban, cada vez más, que las formas fascistoides o de extremo autoritarismo habían cumplido ya su misión. Al mismo tiempo, el progreso económico derivado de la acumulación de capital de los primeros del franquismo y de la inversión extranjera coincidió con la recuperación paulatina de la clase obrera. Por consiguiente, se empezaron a dar pasos hacia una apertura gradual del sistema. Al mismo tiempo que se avanzaba hacia el *laissez faire* económico, había indicios de alguna mayor flexibilidad respecto a las huelgas y la

² FONTANA, J. (Ed.) *España bajo el franquismo*. Barcelona, Crítica, 1986.

³ PRESTON, P. *España en crisis: La evolución y decadencia del régimen de Franco*. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1977.

censura. Por supuesto la represión hacia la oposición de izquierdas no había cedido, como demostraría la tortura, juicio y ejecución de Julián Grimau en abril de 1963⁴. Sin embargo, el régimen comenzó a mostrar una creciente tolerancia por las formas más blandas de la oposición democristiana y socialdemócrata. Esto dividía en alguna forma las fuerzas anti-franquistas, ya que reavivó las esperanzas de reforma sin salirse del sistema. De hecho, la *liberación* sirvió para neutralizar a ciertos grupos, debido a que la progresiva libertad de escribir y viajar creó sutiles lazos de dependencia hacia el gobierno. Además desvió la atención del tema básico de cómo derrocar al régimen, a la vez que debilitaba su credibilidad entre los que estaban más a la izquierda. A pesar de los avances de la oposición, los años sesenta fueron sobre todo después de las esperanzas a que habían dado lugar las huelgas de 1962. Los fallos eran los mismos de siempre: fragmentación de grupos y análisis incorrecto de la situación. El ejemplo más destacado de todo esto fue su incapacidad para crear un frente unido con motivo del referéndum de 1966, montado por el régimen para convencer al mundo de que España respaldaba totalmente a Franco. Sin embargo, las mayores dificultades surgieron de la necesidad de ajustarse a las nuevas condiciones económicas y, a causa de ello, ningún grupo sufrió más que los comunistas.

Antes de entrar en profundidad en el análisis de los partidos socialistas y comunista en la oposición antifranquista y en la primera parte de la transición, voy a tratar los partidos en la oposición a la Dictadura de Pinochet en Chile⁵. Ante todo señalar que no es un estudio único de los partidos políticos ya que también trato aspectos sociales, económicos y culturales. De entrada tenemos que decir que los partidos políticos sobrevivieron al autoritarismo militar con la conciencia de no ser ya lo que fueron en el pasado y en la búsqueda de la respuesta al cómo ser diferentes se perfila un cambio en la perspectiva, que reconoce la necesidad de poner en discusión las viejas premisas del análisis político, repensar los modos de relación Estado-Sociedad y redefinir, en términos nuevos y más completos que en el pasado, la cuestión de la democracia.

La Historia política chilena, como ninguna otra en las sociedades del Cono Sur, transcurrió con y a través de los partidos. El sistema partidario fue la *columna vertebral* de la sociedad chilena, la particular combinación de un sistema político gradualmente abierto a las fuerzas sociales organizadas y la dependencia de éstas de la lucha partidaria es una de las claves para entender el amplio margen de institucionalización de la lucha social que conoció la sociedad chilena. Desde los años de la República Parlamentaria, la apertura progresiva a la participación política de nuevos sectores sociales —los sectores medios en los años cuarenta y la presencia,

⁴ *España hoy*, pp. 384-94; RUIZ-AYÚCAR, pp. 11-50. Santiago Carrillo afirmó que la ejecución de Grimau era un intento del régimen de provocar al PCE para que abandonara la política de reconciliación nacional; véase «Ni guerra civil ni revancha: libertad». *Nuestra Bandera*. N° 36. Primero y segundo trimestre de 1963. Véase también RODRÍGUEZ ARMANDA, A. NOVAIS, J.A. *¿Quién mató a Julián Grimau?*. Madrid, 1976.

⁵ DE RIZ, L., «Política y partidos». Ejercicio de análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay. *Revista Desarrollo Económico*. N° 100, enero-marzo. Buenos Aires, 1985.

delegada primero e independiente después, del movimiento obrero organizado— hizo del sistema político el *go-between* entre sociedad y Estado. El terreno de los enfrentamientos se desplazó hacia el campo de la competencia partidaria. La fuerza de las organizaciones en la sociedad derivó de su inserción en un sistema institucional de negociación. A esa inserción subordinaron la lógica de su acción y de ella extrajeron capacidad de represión sobre el Estado, sea para obtener reivindicaciones (ampliar la ciudadanía política y económica), sea para conquistar el Estado y como proponía la izquierda, cambiar la sociedad (similar a su homónima española). Los partidos organizados con referencia a las clases como pilares de la representación dejaban fuera del sistema institucional a aquellos sectores que no formaban parte de la categoría homogénea del trabajador incorporado a la empresa capitalista y, sobre todo, al campesinado. Eran partidos organizados a la europea en una sociedad cuyo sistema político estaba lejos de dar cuenta de toda la sociedad. La oposición de identidades ideológicas fuertes había sido funcional para la estabilidad del sistema político, porque coexistió con la práctica integradora y defensiva de los partidos de la izquierda en el Parlamento. La radicalización ideológica, entre 1964-1973, en el contexto de la ruptura de los límites que había definido el campo del sistema político y de un intenso proceso de participación social y política bajo el Gobierno de la UP, recreó una sociedad política difícilmente encapsulable en los moldes tradicionales de la lucha política partidaria. A lo largo de la Dictadura y de la transición los partidos fueron los agentes centrales de la transformación-mantenimiento del statu quo. En esa sociedad la vida política transcurrió con y a través de los partidos y al margen o contra ellos (pese al activo papel de la sociedad civil). El régimen de los militares chilenos —inspirado en la Doctrina de la Seguridad Nacional—, contó con el apoyo de las empresas transnacionales, a las cuales les fueron devueltas las compañías que habían escapado a su control bajo el *nacionalismo de Allende*. Inmediatamente después del golpe la política económica se basó en las recetas neoliberales del profesor Friedman y la escuela de Chicago. La inflación bajó a menos del 10% anual, casi no existía el desempleo y la libre importación de productos desbordó el mercado, simultánea con la pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores y el empobrecimiento general de la población.

El rápido deterioro de la experiencia neoliberal quedó expuesto en 1983, dos años después de que una Constitución continuista fuera aprobada en plebiscito por el 60% de los votantes. El desempleo llegó al 30%, el 60% de la población acusaba el déficit alimentario, el consumo de proteínas cayó en un 30%. El salario real se redujo el 22% en sólo dos años, el 55% de las familias estaban por debajo de la línea de la pobreza, la deuda externa creció de 4.500 millones de dólares en 1973 a 20.000 millones. Este fue el trasfondo de la insurgencia popular de 1983, liderados por la Coordinadora Nacional de los Trabajadores. En 1984 la Iglesia tomó la iniciativa para abrir el diálogo. Por la oposición fue escogida la Alianza Democrática, un concierto de partidos de centro-derecha liderados por el PDC. Las conversaciones con el ministro del interior, Sergio Onofre Jarpa, no dieron resultado y la ruptura con la Iglesia se hizo evidente en septiembre. Desde entonces la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago desempeñó un papel de primera línea en la defensa de los derechos

humanos. La izquierda se nucleó en el Movimiento Democrático Popular (MDP), reivindicando todas las formas de lucha contra la dictadura. A pesar de un intento de unificar la oposición realizado en 1985, la polémica sobre la lucha armada mantuvo separados al MDP y el PDC. Un sector de la izquierda —con fuerte influencia comunista— forma el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) que llevó a cabo múltiples acciones armadas, la más trascendente un atentado frustrado contra Pinochet.

El aislamiento internacional que sufrió el gobierno chileno durante el perío de Carter cesó parcialmente con la elección de Ronald Reagan y Margaret Thatcher (*neoconservadurismo*). Fecha clave de nuestro trabajo es el 5 de octubre, cuando tuvo lugar un plebiscito a favor de prorrogar ocho años el mandato de Pinochet, pero el triunfo del NO, gracias a una amplia alianza de la oposición, obligó a la Junta Militar a llamar a elecciones al año siguiente. Ante el inevitable cambio de gobierno, Pinochet negoció con la oposición legal una reforma de la Constitución. Se acordó restringir aún más los poderes del futuro gobierno, aumentar los senadores designados, acortar el período presidencial de ocho a cuatro años y flexibilizar la proscripción de los partidos de izquierda. La reforma fue aprobada en el referéndum del 30 de julio de 1989; triunfó, con el 55,2% de los votos, el demócrata cristiano Patricio Aylwin, candidato de la Concertación Democrática, que asumió el cargo el 11 de marzo siguiente. En abril Aylwin designó una comisión, llamada "Verdad y Reconciliación", para investigar la cuestión de los desaparecidos. La comisión confirmó la existencia de, por lo menos, 2.229 desaparecidos, que fueron dados por muertos, y efectuó un estudio detallado de la represión en el período dictatorial. Al divulgar estos hechos, en marzo de 1991, el presidente pidió perdón a la Nación en nombre del Estado, anunció que el proceso seguiría por la vía judicial y solicitó a tales efectos la colaboración de la Fuerzas Armadas. Además de las repercusiones que tuvo en la población, por ser el primer reconocimiento oficial de tales hechos y de los métodos del régimen militar, el discurso de Aylwin provocó una virtual crisis institucional. Las Fuerzas Armadas y la Corte Suprema de Justicia reafirmaron su conducta en el período y negaron cualquier validez al informe de la comisión gubernamental, desautorizando de hecho al presidente. La crisis no se concretó porque el gobierno se atuvo a las precondiciones de la *transición chilena* que, en definitiva, preservan la estructura jurídica del régimen precedente y con ello la impunidad de las violaciones a los derechos humanos.

En abril, el asesinato del senador Jaime Guzmán, ex-asesor e ideólogo del régimen militar, fue atribuido a grupos de izquierda radical y permitió a la derecha revitalizar el tema del terrorismo. En medio de una fuerte campaña en la opinión pública, que exigía acciones enérgicas del gobierno, el ejército se ofreció para reasumir la dirección del combate al terrorismo. El 23 de abril, el FPMR anunció la decisión de abandonar la lucha armada. El presidente y los partidos de la Concertación tuvieron que negociar con la derecha y los militares para conservar la autonomía relativa del gobierno y con ello quedaba abandonada la promesa electoral de dar a las violaciones de los derechos humanos una solución judicial. De los 369 presos políticos que heredó el gobierno de Aylwin, a fines de 1991 restaban 79 detenidos, sujetos a los procedimientos legales vigentes, que incluían la liberación con destierro.

Respecto a los partidos políticos en sí, la Concertación Democrática, que sustentaba el gobierno Aylwin, estaba constituida por el Partido Demócrata Cristiano (PDC), Partido por la Democracia (PPD), Partido Socialista, Partido Radical, Izquierda Cristiana y otros. La derecha se agrupa en la Renovación Nacional (RN) y la Unión Democrática Independiente (UDI). El régimen saliente de Pinochet tuvo la facultad de designar directamente a 8 senadores. El actual gobierno no alcanzó la mayoría de 2/3 necesaria para reformar la Constitución. En octubre de 1990 fue legalizado el Partido Comunista (PC) proscrito durante 17 años.

Una vez hecha la comparación del caso chileno con la transición española voy a dedicar la siguiente parte del trabajo al análisis y evolución no del conjunto de oposición política al franquismo, sino del partido socialista tal como ha llegado hasta hoy en día y del partido comunista, actualmente parte integrante de Izquierda Unida, he tomado esta decisión ya que el estudio completo era imposible por falta de tiempo y he escogido a estos dos partidos ya que fueron esenciales en la transición al aceptar la Monarquía Constitucional, no sin recelos, siendo los dos partidos de izquierda más importantes que se integran plenamente en el nuevo sistema. Al hacerse dinásticos fortalecieron el sistema Democrático-Parlamentario de forma opuesta a lo sucedido en la Restauración Canovista (izquierda antidinástica) siendo, a mi modo de ver, una de las causas del desplome del mecano de Cánovas del Castillo y por extensión de la Monarquía Alfonsina, lección que aprendería el actual monarca.